POETAS LEONESES EN BUSCA DE FERNANDO PESSOA

Cuestionario: José L. Gavilanes Laso
Fotos: César
Traductora: Pilar Vázquez Cuesta

Una magnífica exposición sobre el poeta Fernando Pessoa permanece montada hasta el próximo día 30 en la Obra Cultural de la Caja de Ahorros. Nos hemos acercado a ella conversando con dos poetas leoneses: Antonio Gamoneda y Antonio Pereira, quienes, de sobra conocidos, no necesitan presentación ni nuestro miserable lustre, brillan ellos en su goteo diario. Agradecemos su gentil colaboración y aquí quedan expropiadas sus palabras y las nuestras para beneficio y acicate público.

Trataremos primero de ordenar el tema:

1.° ¿Quién es Fernando Pessoa?

2.° ¿Qué significa su poética en el concierto de la poesía contemporánea?

3.° ¿Qué podría destacarse fundamentalmente en la obra de este poeta portugués?

4.° ¿Afecta de alguna manera a la intensidad de circulación entre nosotros el hecho de que sea portugués y como podría estimarse esa circulación: suficiente, insuficiente...?

1.°) Que leamos con agrado a un autor del pasado o reciente no significa sin más otorgarle carta de actualidad. La pervivencia de un artista lejos ya de su última y definitiva inscripción en el registro civil, incluso admitiendo la posibilidad de que haya ganado fuerza con el tiempo, se suele explicar por alguna o varias razones no del de sus coetáneos; por haber tratado temas perennes de la condición humana; por un caprichoso retorno de las modas, hábitos y gustos que hacen actuales temas y modos pretéritos; etcétera. Cuando verificamos este fenómeno de pervivencia solemos

recurrir para salir del atolladero a enaltecer al artista con la aureola de la genialidad, aún a sabiendas de no resolver absolutamente nada con ello. A Fernando Pessoa (1888-1935), poeta, pensador metafísico y político, teórico de la economía comercial y la sociología, visionaria, esotérico, solitario y retraído, aficionado a las ciencias ocultas y, sobre todo, «indisciplinador de almas», se le ha diagnosticado repetidas veces de «genial». Introductor en Portugal de los movimientos vanguardistas, los «ismos» de principios de siglo, da de pronto una pirueta y crea su obra proyectándola en cuatro personajes distintos y divergentes: Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Álvaro de Campos y Pessoa mismo. Con él se rompen las cadenas que mantenían el lirismo portugués simbolista de fin de siglo, y sin romper otras que le mantenían sujeto a un lirismo nacional -al que se ha querido siempre, no sabemos si con mucho fundamento, como característica típica, consustancial y mítica del carácter portugués- entramos con él en un ámbito poético sin restricciones. Autor póstumo -sólo publicó en vida Mensagem, un año antes de morir- tuvo que esperar a morir para vivir; como a Inés de Castro, le cabe el lema «reinar después de morir». Su poesía nos atrapa como animal en cepo sin que podamos auto explicárnoslo satisfactoriamente. Sentimos sus versos rodeados de un aura de intemporalidad y, sin embargo, no podemos sustraernos a ver en muchos tramos de su andadura poética la relación inequívoca con la crisis de nuestro tiempo -la espiritual, claro está-, que se traduce principalmente en un desgajamiento de la identidad, que engulle al hombre por su propio producto, es decir, le aleja de sí mismo remitiéndolo a los objetos por él creados, y que hace tambalear sus valores como persona. Puro testigo de la desintegración contemporánea. Pessoa es, como ha señalado con brevedad e inteligencia A. Romero Márquez, «espejo lúcido e irónico de esa desintegración, una droga más de nuestro tiempo; su ironía y su desesperanza tiemblan en nuestras manos como un pájaro sin consuelo». Considerando la vida como un exilio, a modo platónico o neoplatónico, Pessoa nos conduce, a través de

sus versos alucinógenos, encima de una realidad que se diluye y una razón aniquilada como instrumento y límite del saber, en un tránsito, no hacia paraísos artificiales, sino hacia el centro de sí mismo, a encontrarnos en el arcano, mítico y oculto. De un «siglo de las luces» y su consecuencia optimista sin límites, pasamos con su verso a un «siglo de tinieblas» y de relativismo total. Suyas son las antítesis más desconcertantes, las paradojas inusitadas, los oxímoros dieléctricos y la ironía corrosiva, por esa contraposición constante entre el mundo físico y el mundo metafísico. Por todo y por bastante más, Pessoa se hizo universal, tal vez eterno.

2.°) Para A. Gamoneda, la singularidad -y la calidad- de Pessoa nace de una cierta contradicción. «Yo no tengo filosofía: tengo sentidos», dice en el «Guardador de rebaños», pero su obra es un conjunto de interrogantes y respuesta, una reflexión continuada -concluye Gamoneda- sobre la realidad y la belleza sensibles, obsesivamente naturales,

La poesía contemporánea, lo mismo que la de cualquier tiempo, es lo más diferente de «un concierto» sale al paso A. Pereira. En el desconcierto -feliz-, o desavenencia que Pereira prefiere en el panorama del arte, la voz de Pessoa destaca porque -para el poeta leonés- contradicciones aparentes caminan con una coherencia interna e implacable.

3.°) La tensión «tradición-vanguardia» en un momento en que el modernismo «histórico» es dominante, es, a juicio de Gamoneda, lo más destacable de la obra de Pessoa. La superación del modernismo por vías ajenas a piruetas experimentales es, también, digno de destacarse y ve en ello Gamoneda cierta afinidad con nuestro Antonio Machado, aunque no sin advertir en el autor de «Campos de Castilla» un signo muy distinto.

Pereira ha destacado ya las contradicciones aparentes. Pero, sobre todo, nos confiesa que ama a Pessoa por algunas cosas pequeñas y por otras no tan pequeñas con las que se siente cercano al vate lusitano: curiosamente los dos han nacido un 13 de junio; llevan apellidos que pueden encontrarse en Portugal en cualquier listín de

teléfonos y ambos laboran a la par faenas comerciales y poéticas. «La convicción de que un día laborioso en los triviales escritos del comercio puede alumbrar una noche donde salte un pedazo de poesía. La interpretación -en él genial; en mí no más que balbuciente y torpe- de la grandeza residente en las cosas mínimas y cotidianas».

4.°) Todos lamentamos sinceramente como cosa obvia que la importancia de Pessoa se vea menoscabada por su nacionalidad. La comunicación literaria entre España y Portugal es insuficiente, casi nula -apostilla, tajante, Gamoneda. Pereira, con cierta ironía, añade: «el que Pessoa fuera portugués no ha sido (hasta ahora) un pasaporte especialmente válido para circular literariamente entre nosotros. «Pero, según Pereira, las cosas están cambiando. Nos apunta la idea de que los poetas leoneses fuésemos a decir nuestros versos junto al Mondego, ahí a dos pasos, para que «el corazón se aproxime tanto como la geografía...»; y lo dice mientras nos muestra su «Cancionero de Sagres», libro de versos completamente dedicado a Portugal, donde, a poco que uno va leyendo, palpita un hondo sentimiento por el paisaje y el paisanaje portugués.

Sigue habiendo, sin embargo, una seudointelectualidad anclada en viejos esquemas de enjuiciamiento literario que están nutridos de prejuicios extraliterarios.·A esa nadie obliga. -¡Dios nos libre!- a un entusiasmo indescriptible por lo portugués, que sería exagerado. Pero que se escatime una mirada, una palabra, un gesto de atención hacia una exposición que muy pocas ciudades han visto y menos van a ver, además de injusto, resulta humillante. Nada que venga de las tierras del oeste peninsular da la talla cultural para estos agrimensores absolutos de la cultura, ni siquiera para lo que viene avalado universalmente, mientras el refrendo sí sirve en otros casos para obnubilarles el «coco» como papanatas. «El español desprecia cuanto ignora», dijo de sus compatriotas uno, cabal y demócrata, ¡ah! y con apellido portugués. Pero también, todo hay que decirlo, quedan espíritus permeables y menos «selectos» incluso dispuestos si cabe a corear las palabras unamunianas: «¿qué tendrá este Portugal para así atraerme?»